

dejarán seguramente morir las tribus primitivas y sus congresos, el Parlamento británico y sus sesiones. Haber suprimido las Cortes, que nacieran de las tribus prehistóricas y de los Municipios romanos, mezclados á los concilios en los tiempos visigodos, y frecuentes en la reconquista medioeval; haberlas suprimido, fué la desgracia de nuestra España; como haber suprimido los Estados Generales, fué la desgracia de Francia. Por consiguiente, su reaparición, su renacimiento, su regreso á la sociedad se debe considerar como una fecha gloriosa en los anales del humano linaje; y ante su primera reunión hay que invocar y repetir la fórmula de nuestros mayores: «Dios y libertad».



CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

La Revolución francesa y las Revoluciones romanas

Al acercarnos á este punto capital del proemio, debe presidir á la Historia de nuestra Europa en este siglo, y sin el que apenas tendría ésta explicación, paréceme cosa naturalísima comparecer el momento en que la República se fundó sobre la nación francesa, con el momento que la República se fundó sobre la Ciudad Eterna. La comunidad de nuestra sangre, idéntica y una casi con los viejos romanos; las afluencias de ideas aportadas á nuestro derecho político y á nuestra organización del estado por las ideas latinas; el factor de antigua educación, formada en los constituyentes y en los convencionales con la vieja historia clásica, que tanto á sus acciones como á sus discursos trascienden; las coincidencias históricas entre los reyes primitivos de la leyenda romana y los reyes absolutos de las últimas centurias en Francia; el espíritu clásico insuflado dentro del alma y del verbo de los revolucionarios, así por los enciclopedistas como por los jesuitas, exige de nosotros una detención ante los prototipos del antiguo mundo social, que habrán de repetirse por una incontrastable fuerza lógica en el nuevo. Hay que hacerlos comparecer para mostrar cómo se repiten las fases históricas y cómo perduran los factores políticos. El gran escritor Chateaubriand esbozó en su juventud un estudio de las revoluciones antiguas y modernas, donde hizo con más autoridad, aunque con menos extensión, algo de lo por nosotros intentado en este capítulo de retroactivas evocaciones históricas. El gran maestro de analogías sociales, Ferrari, astrónomo del pensamiento, naturalista de la sociedad, estudió largamente á Maquiavelo

y en tal estudio, que precedió á una traducción francesa del trabajo hecha por tan alto pensador en Historia y en política, demostraba cómo se habían repetido los axiomas diseminados por los cementerios del gran florentino sobre la República Romana y sobre las Décadas de Tito Livio en la Revolución francesa. No era posible que un sociólogo como Taine, descuidase al historiarnos la revolución del siglo pasado, generadora del siglo corriente, dato de una tan grande trascendencia inevitable á los históricos hechos por él relatados; como la educación clásica, quien, según remedaba, en contrahechos ejemplares y en múltiples simulacros, las estatuas antiguas, también remedaba en contrahechos personajes, los antiguos prototipos sociales. Imposible dar un paseo en la historia del siglo, si no sabéis lo que eran los cónsules, los lictores, los decenviros, los triunviros, los gracos, los tribunos, los Catilinas, los Catones, los Brutos, los Tulios, los Césares; cuando todos habrán de repetirse á una en el período que se dilata desde la reunión de los Estados Generales, el año 89 de la centuria pasada, hasta la caída de Napoleón sobre los campos de Waterlío, el año quince de nuestra centuria. Hegel mostró en sus maravillosos estudios sobre filosofía de la Historia que los grandes hechos históricos son una serie lógica y encadenada de hechos sucesivos y sistematizados, con singular inmanencia, es decir, con una genealogía secular de pasados y otra posteridad de futuros, los cuales llenan el tiempo y el espacio como las generaciones humanas. Así, ante la revolución francesa, para explicarla y comprenderla, detengámonos un momento en las revoluciones romanas que la precedieron en el tiempo y la generaron de seguro con su ejemplo.

Háse dicho que los últimos Reyes de la Monarquía y los primeros Cónsules de la República en Roma son fabulosos. Un siglo, que ha encontrado los testimonios fehacientes de Troya, puesta entre los mitos por innumerables cavilosos, y ha revelado el enlace de las lenguas indias con todas las lenguas arias de ambos mundos y ha sabido rehacer la historia de los iraníes ignorados cien años antes, como ha traducido los geroglíficos entallados en conos y pirámides por las orillas del río Nilo, como ha interpretado los ladrillos cúficos del Éufrates y del Tigris, como ha conseguido reconstruir Nínive con Babilonia deletreando los cilindros caldeos, como ha obrado tal número de milagros y hecho tan extraordinarias maravillas, también algún día rectificará los restos de las tradiciones clásicas y hará seguramente histórico aquello que hoy parece legendario, y quizás legendario aquello que hoy parece histórico. Si en el poema de los Reyes, como se ha llamado á las edades transcurridas entre Rómulo y Tarquino, éste representa los excesos de la monarquía oriental etrusca, incompatible con el austero genio romano; Lucrecia por su parte, representa el principio y fundación de la República. Podrán las tradiciones equivocarse, podrán habernos compuesto un drama el cual ponga todos los vicios en Tarquino y todas las virtudes en Lucrecia; no debemos dudar un punto de que la tradición ha estado bien aconsejada, cuando ha dicho que las perversidades propias á toda tiranía se vinculaban en el último

Rey romano, mientras todas las virtudes republicanas en aquella eximia familia cuyo apellido se halla por siglos de siglos identificado con el establecimiento y aparición de la república. Por consecuencia, falsa ó verdadera, mentida ó real, histórica ó legendaria, la persona de Lucrecia representa y simboliza todo lo creído por el mundo romano respecto de la monarquía y de los Monarcas y todo lo aguardado de la república y de los republicanos. La palabra Rey fué tan odiosa y resultó de suyo tan odiosa, que no se atrevieron jamás á pronunciarla de nuevo los labios de aquellas gentes, maldiciéndola y execrándola por siglos de siglos ante su conciencia y ante su historia.

Entremos en la narración. Los Tarquinos son los postreros representantes de la monarquía en Roma. Reinaba el modesto Anco Marcio. Ciertos acueductos, á su trabajo atribuidos, y el agua por éstos á Roma llevada, todavía tienen hoy renombre popular. En su modestia, no puede compararse ni con el sacerdotal Numa, ni con el revolucionario y popular Hostilio, pero siguió con provecho la política del primero, fomentando los campos del fecundo agricultor contra los campos de batalla y escribiendo leyes conducentes á mantener la paz y la justicia. Mas el templo de Jano, que cerrara Numa, estuvo abierto en tiempo de Marcio. No le sonrió la paz, tan sonriente á su ilustre abuelo. El tumultuoso Lacio rompió las alianzas antes contraídas con Roma, y tuvo que luchar con él, tomándole cuatro ciudades y recluyendo en el Aventino á sus principales guías, quienes rivalizaron desde allí en competencias perpetuas con sus vencedores los patricios. Estas luchas no fueron parte á detener su actividad; antes bien la impelieron y agujonearon. Fundador del puerto de Ostia, donde la corriente del río Tibor desemboca; constructor del puente Sublicio, tan venerado por la familia romana; ingeniero muy ducho en el arte de abrir fosos y levantar parapetos y muros de previsora defensa, dos monumentos dejó bien expresivos de su política: la fortaleza que guarecía la Ciudad Eterna del lado de los etruscos y la prisión marmertina en las entrañas del Capitolio, á la cual se bajaba por una escala, conocida con el nombre de gemonía, por los muchos gemidos resonantes en sus duras piedras y las muchas lágrimas allí derramadas. Pero si Marcio impidió que los etruscos entraran en el recinto sagrado á fuerza de armas, no pudo impedir que entraran á fuerza de intrigas. Bajo el reinado de Marcio, un extranjero se había establecido en Roma. Créanle unos de gente corintia; otros de gente romana; otros de gente etrusca. Bien griego, bien romano, bien etrusco, desde la Etruria iba requiriendo poder y honores en la Ciudad Eterna. Hizo tal viaje aconsejado por su mujer, la cual se llamaba, según unos, Tanaquil, muy ducha en artes mágicas, agorera de los destinos reservados por el cielo á su esposo, y según otros, se llamaba Cecilia, la feliz hilandera, muy honrada por los novios en Roma. Tarquino se distinguió por sus riquezas, cosa importante de suyo en todas partes, importantísima en ciudad tan pobre y austera como por aquella sazón parecía Roma. Tarquino se ganó el ánimo y el albedrío de Anco Marcio, hasta el punto de confiarle sus hijos éste y pedirle su próvi-

da tutela para ellos. Tarquino, á quien llamaremos el Viejo, como le llamaba Tito Livio para distinguirlo del Soberbio, en quien la monarquía concluyó, dió á Roma la grandeza y el aspecto de una ciudad oriental. Aquellos muros con que la ceñía, semejantes á los muros alzados en las orillas del Tigris y del Éufrates; aquel foro, antes despoblado, y en su tiempo embellecido por interminables intercolumnios y desecado de sus aguas infectas; aquel Capitolio, convertido en sustentáculo de altos monumentos; aquellos circos, donde se representaban fiestas etruscas; aquella cloaca máxima, jamás resentida por los terremotos, frecuentes en tan subvertido suelo y jamás desgastada por tantas irrupciones; todo aquel trabajo inmenso denota, no sólo el copioso botín arrancado á los pueblos limítrofes en sus guerras perpetuas, el dominio ejercido sobre los romanos, que se conformaban así á tan poderosos deberes. Etruria le mandó las haces para sus lictores, la corona para sus sienes, el cetro rematado por un águila real para sus manos, el trono para sus pies, la púrpura para su cuerpo, apareciendo así como una especie de fantasma oriental entre las austeridades propias del pueblo romano. El triunfo primero que allí celebraron los vencedores, el triunfo tan aparatoso, como que aun se guardan los arcos erigidos hace veinte siglos para celebrarlo, esos triunfos, esas procesiones militares, tan ruidosas y brillantes comenzaron en tiempo del primer Tarquino, quien los celebró rodeado por toda la pompa etrusca, vestido de toga sembrada por flores áureas en carro tirado por cuadrigas blancas, entre palmas y laureles, tras doce lictores, asentados en sillas curules de marfil, demostrando así cómo el despotismo asiático tomaba su natural asiento en Roma con esta soberbia y aparatosa monarquía.

Mas no paraban las alteraciones traídas por el Monarca etrusco en esto. Alteraba las clases y sus leyes también. El Senado, defendiendo á los plebeyos, sufrió una terrible irrupción de la gente inferior con cien senadores más aumentados á su antiguo número. Nuevas centurias de caballeros, fundadas contra derecho, llevaron la perturbación y el escándalo á la tradicional política de Roma, encerrada en los viejos cauces de seculares costumbres. Los augures le volvieron las espaldas á Tarquino y los pastores atentaron á su vida. Lodo pueblo muy apegado á lo antiguo resiste, con resistencias invencibles, las temerarias invasiones sociales. Como Tarquino trajera en su compañía una mujer de muchos alcances, profundamente industriada en los negocios públicos, ocultó su muerte á la hora terrible del asesinato, que no llegó á desconcertarla, y nombróle su sucesor perenne, como pudiera nombrarle modesto sustituto en ausencia rápida. Llamábase con el nombre de Servio éste, y por su apellido creyósele de antiguo un verdadero siervo. Mas otros le creían etrusco ido á la Ciudad Eterna con gente de su raza y amado por el Rey Tarquino á causa de su origen. Libre ó siervo, el nuevo Rey extendió la ciudad por aquellas colinas y completó su organización por medio del censo y de otras instituciones análogas, encaminadas á distribuir con acierto y regular, por disposiciones legales, aquella su vida.

Conmueve mucho la geografía del territorio romano, tan unida con su espíritu secular, como cuerpo y alma en nosotros. Hoy mismo, cuando el arqueólogo, tras prolijas investigaciones, nos enseña la Roma cuadrada, donde se disponían altares con las piedras rodadas por los torrentes desde las altas colinas y el rayo de Júpiter consagraba los espacios y sitios litúrgicos con sus chispas relucientes y tonantes, no puede uno menos de contemplar asombrado tantas ruinas, las cuales aparecen como un fruto caído, vano y seco, después de haber sido germen ó semilla saludable de humanos é inmanentes progresos. ¡Qué diferencia entre aquel monte Palatino, donde la patricia Roma del privilegio brilla, y aquel monte Aventino, donde brilla la plebeya Roma del derecho! Después, bajando del Palatino al valle, topa uno con el Foro, semejante á seco y árido cauce hoy de ideas innumerables, donde las piedras, melladas por los siglos, las columnas caídas unas de sus plintos, ó levantadas como aislados mástiles otras, dan á todo el espacio aspectos de un campo de batalla, en que hubieran peleado con porfía gigantes y dioses. Luego sube uno al término del Foro, por el lado que confina con la ciudad y en que concluye la vía Sacra de los antiguos, la pendiente capitolina, y se halla en la cumbre del mundo romano, todavía hoy bendecida y adorada en la piedra de nuestros hogares fundados sobre sus leyes y en el ara de nuestros dioses ungidos por el óleo filtrado de sus senos. Y el Esquilino, el Quirinal y el Vaticano, y el monte Sacro se divisan más lejos, cada cual con sus monumentos respectivos por cumbres ó laderas, y sobre sus monumentos, y hasta sobre sus terruños, enjambres de ideas envueltas todas ellas en legendarios ó históricos recuerdos. ¡Cuánto, pues, no debe interesarnos el nombre y el día, bajo los cuales todas estas colinas, en cuyos senos la vida nuestra se ha elaborado con trabajo, iban uniéndose unas con otras, y formando como el organismo material de aquel espíritu romano que, traspasando y traduciendo á la práctica todos los principios metafísicos de las doctrinas metafísicas helenas, debía producir así la política como el derecho congénitos á nuestros pueblos modernos. Estado, código, sacerdocio, curia, comicio, municipio, idioma, todas estas unidades varias, espirituales unas, materiales otras, referentes así á la vida civil y política, como á la vida intelectual y moral, aun subsistentes, con sus caracteres casi romanos, allí revistieron aspectos necesarios al desarrollo de nuestro sér y al pleno conocimiento de nuestro destino. Será una expresión Rómulo del patriarcado litúrgico y religioso, aperebido á presidir con su teocrática solemnidad al nacimiento y origen de todas las sociedades humanas; será otra expresión Hostilio del vencido mal domado y soberbio hasta el punto de allegar con su esfuerzo la soberanía; representará de nuevo Anco Marcio á los patricios, y Servio Tulio á los plebeyos que han de porfiar en porfías perdurables hasta la consumación de los tiempos romanos; pero símbolos hieráticos ó realidades vivas, no podemos sino considerarlos como florones de nuestra historia genealógica todos cuantos nos creemos latinos y encontramos en el Sacro Foro de Roma y en sus cenizas inmortales] toda la secular levadura de nuestra ilustre raza. Este